

LA LEYENDA DEL IMPOSTOR

KARVADAN

Volumen I

LA LEYENDA DEL IMPOSTOR

Carles Batlle

Traducción de Ainara Munt Ojanguren



Primera edición: setiembre de 2012

Diseño de la portada: Damià Matthews
Fotografías de la portada: Bertrand Demee – Getty Images
Maquetación del interior: Marquès, SL

Título original catalán: *Kàrvadan. La llegenda de l'impostor*

Edición: David Monserrat
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats
Autor representado por Silvia Bastos, S.L., Agencia Literaria

© Carles Batlle i Jordà, 2012, por el texto
© Ainara Munt Ojanguren, 2012, por la traducción
© La Galera, SAU Editorial, 2012, por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Kimera es un sello de la editorial La Galera

Impreso en Liberdúplex
Ctra. BV-2249. Km 7,4
Pol. Ind. Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-19.706-2012
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-4367-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

NOTA

Kárvadan (o *El sueño de la luz azul*) nace del deseo —de la necesidad— de dejar constancia de los acontecimientos extraordinarios que tuvieron lugar en Carr-mor en la época del advenimiento del Elegido.

En vez de reinterpretar los hechos, lo que me habría conducido a inevitables distorsiones y juicios de valor, me he ceñido estrictamente al relato directo de sus protagonistas principales. En cuanto a este primer volumen, *La leyenda del impostor*, he reunido materiales procedentes de dos fuentes:

a) los escritos dictados a modo de testamento por la cúnari Lía de Mun-bur (ella misma me los entregó rogándome que los diera a conocer a la gente de mi mundo) y

b) la transcripción de todo lo que me contó Pol Barsac (en el año 2016, en el interior de las cuevas del Borró, justo antes de mi primer *traspaso* hacia Carr-mor).

Confieso que he fragmentado, mezclado y titulado estas crónicas de forma personal, guiándome más por el instinto del narrador novato que por el respeto a los enunciados originales. Agradezco de antemano vuestra comprensión.

C. B.

TABLA

PRIMERA PARTE: El Valle de los Troms

- I— No debería estar allí, p. 13
- II— Aquelarre, p. 31
- III— Un salto al abismo, p. 51
- IV— Confía en mí, p. 75
- V— El aullido de la bestia, p. 105
- VI— Trom-mor, p. 129
- VII— Me hubiera gustado verle la cara, p. 155
- VIII— Canciones para una doma, p. 177
- IX— El barranco de los Muertos (1), p. 203
- X— El barranco de los Muertos (2), p.241

SEGUNDA PARTE: En la Ciudad Blanca

- I— Resurrección, p. 267
- II— El alfabeto del altar, p. 295
- III— La luz azul, p. 331
- IV— ¡Yo soy Sigurn!, p. 369
- V— Dos revelaciones, p. 395
- VI— El escupitajo, p. 421
- VII— La umbría del Clam, p. 449
- VIII— La muchacha lobo, p. 469
- IX— Evasión, p. 489
- X— Las sombras de la luz azul, p. 529

Glosario, p. 561

Mapa, p. 568

PRIMERA PARTE

El Valle de los Troms

I

NO DEBERÍA ESTAR ALLÍ

No debería estar allí.

La luz del atardecer atravesaba los vitrales y pintaba grandes manchas de color sobre las baldosas del templo. Recorría aquel camino tornasolado cautivada por el rastro de un extraño hechizo. Iba descalza. No podía pisar las grietas negras entre piedra y piedra, lo tenía prohibido; ni siquiera con la punta de los dedos. Eran las reglas de mi juego.

A izquierda y derecha, a escasa distancia de mis brazos tendidos, dos hileras de columnas se inclinaban hacia las sombras de la bóveda haciendo una amplia reverencia. Parecían contentas de verme después de tanto tiempo y a aquella hora tan extraña.

Me saludaban: ya no eres una niña, ¿dónde te habías metido?

Hace muchos años, en la época en que la vida parece eterna y las preocupaciones no enturbian nuestros sueños, visitaba aquel lugar con frecuencia, casi a diario. Con mis compañeros, corríamos dando gritos entre las piedras sagradas y los altares; echábamos carreras, nos escondíamos, reíamos, silbábamos, rozábamos la superficie satinada de los pilares con el brazo y nos mecíamos con una sola mano dibujando pequeños círculos imposibles de cerrar. Y caíamos, tendidos en el suelo... Después echábamos a suertes a ver quién la llevaba. El juego era muy sencillo: se trataba de huir y saltar de baldosa en baldosa sin pisar la línea; si lo hacías, si la tocabas, estabas perdido, y si te atrapaban, también. Entonces nos quedábamos quietos sobre nuestra baldosa esperando a que llegara alguien y nos liberara.

Nuestros padres no decían nada, nos dejaban a nuestro aire. Nos miraban con una media sonrisa de ternura. La otra media, de tristeza. Pero yo, entonces, no era consciente de ello; no me daba cuenta. Entonces era feliz.

Y fuimos creciendo. Y abandonamos los juegos, y también la seducción de aquel espacio de travesuras y fantasías. Sólo entraba en el templo de vez en cuando, cuando alguna pareja se unía, o cuando moría alguien, o cuando había que invocar al dios Carr para reclamarle salud y victorias. Y llovía, que siempre escaseaba. Sí, me educaron como a cualquier otra muchacha de mi ciudad: caballos y armas, como se había hecho siempre. Lejos de las diversiones y los cantos de la infancia. Lejos de los juegos. Lejos de las cosas verdaderas.

Y así habían pasado los años.

Y, de pronto, aquella mañana se había cerrado el círculo de mi formación. Mi padre me había despertado, me había besado y me había hablado con lágrimas en los ojos: no podíamos esperar más.

Ya nada volvería a ser como antes.

No debería estar allí. No me estaba permitido.

Pero lo necesitaba. Quería comprender por qué, por qué yo... Quería entender el porqué de todo aquello... Quería serenar mi espíritu, que se negaba a aceptar que todo lo que me tenía que pasar fuera, realmente, cierto...

Aquel camino de luz seducía mis pasos con su extraño sortilegio llamativo, y notaba cómo los colores me penetraban y me producían calor. Era agradable... Andaba decidida. Un pie tras otro, siguiendo las reglas de costumbre: sin pisar las grietas, los límites, sin infringir ninguna ley. Bueno, una sí, tal vez la más importante de todas: la ley del templo. No se podía violar el recinto sagrado entre la puesta de sol y el alba. El castigo era severo, para todos; también para mí, a pesar de ser quien era, a pesar de mi posición privilegiada, a pesar de todo...

No, no debería estar allí.

Intentaba no hacer nada de ruido. Me había levantado de la cama sigilosamente, había salido de la habitación y me había colado hasta la entrada secreta del santuario, la que conecta el altar con las dependencias de mi padre. Ahora ya estaba allí, no podía echarme atrás... Estaba serena. Iba descalza y llevaba el pelo suelto, mi capa roja y ya está, nada más. Avanzaba, pálida como un espectro, sin vacilar... El sabio Zoltan partía al amanecer y yo necesitaba hablar con él, como fuera. O ahora o nunca, y después, que fuera lo que Carr quisiera.

No, no me iría de allí sin antes haberlo entendido. Estaba en mi derecho. Exigiría saberlo todo.

¿Me quieres?

Perdona, es una pregunta de lo más estúpida. ¿Te han dado mi retrato? ¿Qué te parece? ¿Te gusta? ¿Tú qué dirías? ¿Te parezco bonita?

Si quieres a alguien solo por su belleza no le quieres de verdad. Cuando las marcas de la viruela, el cansancio o la vejez desfiguran el rostro, el amor se funde... En mi caso qué más da, me dirás. Y tienes razón. La imagen de este medallón permanecerá inalterable por siempre jamás: unos ojos pintados que te contemplan con una mirada sin vida. Más vale esto que nada, ¿no te parece?

¿Quién soy yo?, ¿o quién era...?, ¿quién era realmente? ¿La belleza que ves en este retrato? ¿O tal vez otra cosa menos tangible? ¿Mi cordura, mi generosidad? ¿Mi egoísmo...? A fin de cuentas, como la gracia, como el atractivo, son cualidades fugaces, podemos perderlas con suma facilidad..., pero no por ello dejamos de ser nosotros mismos... Con esto quiero decir que no soy ni en la imagen de mi cuerpo, que no conociste, ni en la imagen de mi alma, de la que tal vez te hayan hablado. Entonces, ¿cómo puedes encontrarme? ¿Cómo puedes quererme?

¿Quién soy yo?

Soy un espejismo, soy humo.

Soy tu madre.

Con un poco de suerte, me encontrarás entre estas líneas.

Por eso mismo he dictado esta historia, hijo mío, para que conozcas lo que queda de mí, y la parte de mí que alza el vuelo. Luego, si quieres, juzga. Es un buen punto de partida, te lo garantizo.

Ya sé que todavía debo de existir en la memoria de unos cuantos —tampoco hace tanto de todo esto—, sobrevivo en su relato. Pero no les hagas demasiado caso. Tendrás que permitirme que aquí, en estas líneas, construya mi propia imagen. Y la de tu padre. Y la del mundo que encontrarás cuando renuncies al amparo de la montaña que te ha acogido durante los años más dulces de la vida.

Deja que juegue con mis recuerdos para pintar los tuyos con una nueva pátina. ¿Me escucharás?

No, no debería estar allí.

Había una parte de mí que me decía que me echara atrás, que lo que hacía no estaba bien, que estaba prohibido, que me descubrirían; pero había otra parte que me incitaba a no detenerme, a luchar, a invertir el sentido de lo que nuestra ley y nuestra naturaleza habían escrito para mí. Esta última era mi parte más valiente. La otra, la parte sensata.

Llegué al pie del altar.

Tuve la sensación de estar oyendo aún mi propia voz, años atrás, allá mismo. Solía cantar sola ante la familia, los amigos y la gente principal de la ciudad. Mi voz gozaba de una fama bien merecida. Siempre canciones sencillas, inocentes, o leyendas, dedicadas a aquel dios de los grandes castigos y de los grandes berrinches. Yo quería a Carr. Cantaba alto y con voz segura. De cara al pueblo. De espaldas al Todopoderoso.

Me fiaba de él.

Pero aquella mañana las cosas habían cambiado. Cuando Páltor, mi padre, se hubo retirado, me levanté, me sequé las mejillas húmedas con las sábanas y contemplé la imagen que presidía el

altarcillo de mi cuarto. Por primera vez en la vida lo observaba sin aquella especie de temor infantil, sin aquella reverencia que me habían inculcado en la escuela. No sabría decirte si Carr estaba o no estaba en aquel pedazo de madera y de metal, ni si era consciente de toda mi rabia y mi desprecio.

¿Por qué?

¿Por qué el hombre que nos tenía que redimir no había llegado a tiempo?

¿Por qué debía sacrificarme...?

No, no se lo podía perdonar. Y fue entonces cuando me despedí, de mi fe y de mi dios. No podía volver a confiar en él.

No debería estar allí.

Me detuve, me arrodillé en un punto impreciso donde los vitrales se habían cansado de su colorido hechizo, justo encima de una losa grabada con viejas inscripciones que me cosquilleaban las plantas de los pies. Miré al frente, más allá del altar, hacia el este. No había nada, ningún poder, ningún reproche, ningún castigo. Ningún dios. Cuatro esgrafiados con unas figuras de poca monta. Todo se oscurecía. En el exterior, el piar de los pájaros anunciaba el tiempo de la alegría; dentro, la luz dorada cedía terreno a las sombras.

La noche llegaba con desgana. La hora quieta. Aquel instante de trance en que los pensamientos más negros se apoderan de la mente y toda determinación y toda voluntad nos abandonan. Mi parte racional todavía me gritaba que diera marcha atrás, que aún estaba a tiempo. Mi parte osada se resistía. Habría estado bien que la primera fuera tan atrevida como la otra. Pero no tan estúpida.

Y de pronto, un chirrido. Dos. Al pie de la nave, una puerta se había abierto y después se había cerrado. A continuación, unos pasos. Alguien había entrado. ¿Zoltan...? Mi cuerpo se tensó, los puños se me cerraron, una bandada de mariposas me cruzó el hueco del estómago. Mas no me moví, ni me escondí; me quedé donde estaba, sin volverme, no quería mirar atrás... Uno, dos,

tres, cuatro... Solo cuatro pasos. Fuera quien fuera, me había visto y se había detenido. Me habían descubierto.

Silencio.

Pasado un momento interminable de incertidumbre, el desconocido avanzó hacia mí cruzando la nave lentamente, con parsimonia. Me clavé las uñas en el pulpejo de la mano; me hubiera gustado hacerme sangre, concentrarme en el dolor: tal vez la herida desdibujaría, en la palma, las líneas de mi destino, mi anamart. Ojalá.

Podía sentir su respiración. Agitada. Estaba muy cerca. ¿Por qué no decía nada?

Inesperadamente, unas manos frías me agarraron los hombros con suavidad, casi con ternura... Pero solo fue un instante, el tiempo justo para permitir que me abandonara, que me rindiera, que renunciara a toda aquella tensión, que abdicara de mis nervios y respirara con profundidad.

¿Zoltan?

Entonces las manos empezaron a presionar; de los hombros al cuello, y lo rodearon por completo. Miré hacia abajo. Bajo mi barbilla había unos dedos anchos y largos, unos dedos de hombre que se abrían y se estiraban como un abanico: parecían las alas extendidas de una enorme ave de rapiña. Tenían anillos dorados que lucían ostentosamente: una piedra verde, una roja y una azul. ¡Bonito collar de fantasía!, pensé.

Sin dejar de apretar, el hombre pasó a mi lado y se plantó ante mí, y con su movimiento el collar se deshizo.

Bajé más la mirada. Hacia los pies. No quería descubrir quién era... Llevaba unas sandalias que le dejaban la punta de los dedos de los pies al descubierto: anchas tiras de cuero y una hebilla de plata. Las uñas largas... No osaba enfrentarme a él...

Y estuvimos así un largo rato. Cada vez me costaba más respirar. Finalmente, él aflojó la presión, tomó mi cara entre sus manos, la inclinó hacia arriba y me contempló fijamente.

Y entonces yo también pude verle.

No era Zoltan. Era Ánidam, el sumo sacerdote del templo.

No dijo nada, se limitó a mirarme. Me interrogaba. Buscaba respuestas en el fondo negro de mis ojos amedrentados. No sabría decirte si encontró alguna cosa en su interior: la verdad es que yo no había introducido nada.

Me quedé observándolo fijamente, no me atrevía moverme.

Petrificada.

Sin voluntad.

Y no me inmuté cuando me desabrochó los dos tirantes de la capa roja; y no cerré los ojos cuando la tela se deslizó y dejó al descubierto mi cuerpo desnudo; y no parpadeé cuando me cubrió los pechos, pequeños, con sus manazas, con sus anillos; y no grité cuando se agachó y me incrustó su lengua gruesa y húmeda en el ombligo; y no protesté cuando me di cuenta de que me empujaba, cuando noté el contacto gélido de la piedra contra mi espalda; cuando vi que se liberaba de su gran sotana y se tendía sobre mí.

No podía respirar.

Pero de repente, un golpe seco y un gemido, una leve queja... Y el cuerpo corpulento de Ánidam se desplomó sin sentido sobre el mío.

Un breve silencio.

Una fuerza misteriosa retiró violentamente el cuerpo inmenso del sacerdote inconsciente y lo dejó hecho un ovillo encima de los escalones del altar.

¿Qué había sucedido? ¿Estaba muerto?

Ante mí, con la bóveda del templo enmarcándole el rostro, Zoltan sonreía y me observaba risueño. Meneaba el bastón con una mano mientras me alargaba la otra para ayudarme a incorporarme.

—Parece que he llegado a tiempo —dijo.

Y entonces empecé a toser, y todo empezó a dar vueltas; las columnas se enroscaron alrededor de aquella nueva imagen, como dibujando una corona de relámpagos. Y poquito a poco... Oscuridad.



Seguro que tú habrías hecho lo mismo. Detenerte y pensar: ¿qué hago aquí?

Visto desde la calle debía de parecer un Papá Noel del Todo a 1 €; allí, con los pies y las rodillas adheridos a la barandilla... Bueno, no era una barandilla; era una barra gruesa de hierro oxidado y frío que lanzaba una vertical entre los cinco pisos de la casa. Con la punta de los dedos me sujetaba desesperadamente a las baldosas del balcón.

¿Pero qué hago aquí? ¿Qué hago?

Estaba atascado.

Al principio todo había ido bien: lo de mirar hacia abajo, valorar la situación, las posibilidades, decidir el camino, pasar la pierna al otro lado de los barrotes... Y ya está. Pero entonces el entusiasmo se lo había llevado el viento... Y vaya cómo soplabá; a gusto, con ímpetu e insistentemente, y yo tenía las manos agarrotadas y me colgaba un moco de la punta de la nariz. Aquello iba en serio... Manchando el asfalto, al fondo del abismo, mi mochila roja parecía una gota minúscula de sangre sobre la acera.

Mierda.

Era bastante cómico: un remolino barría cuatro hojas de plátano hasta la esquina. Jan, que andaba de un lado a otro, se acercaba y se alejaba alternativamente, y a cada cambio de sentido las esparcía de una patada. ¡Míralo, qué decidido! La madre que lo... ¿Qué haces ahí como un pasmarote?, ¿por qué no me ayudas?, ¿qué quieres?, ¿por qué mueves la mano así? ¡Joder, que ya te he visto!

Que me diera prisa, quería. ¡Sí, claro, ahora salto, si te parece...!

En serio, estaba totalmente bloqueado.

Jan dio cuatro pasos y recogió la mochila. Tenía la esperanza de que no se hubiera fastidiado nada, especialmente las linternas. Volvió a agitar la mano. Yo también lo habría hecho de haber tenido los pies en el suelo, de no haber estado colgado de una típica fachada de obra vista, ¡de no haber tenido a la pasma a punto de entrar en mi piso...! Y a él no se le ocurría otra cosa que ponerse a hacer pequeñas flexiones frenéticamente con las rodillas. ¡Qué desasosiego! ¡Qué nervios!

Mejor no mirarle.

No creas que me dan miedo las alturas. Estoy acostumbrado. Me gustaba ir a escalar. No era la primera pared que bajaba, ni la última, pero cuando descendo paredes acostumbro a utilizar una cuerda; ya sabes cómo va, cuatro saltitos y abajo. Pero aquel día no llevaba cuerda, así que estaba acojonado...

¿Te estoy aburriendo? ¿No?

Mejor, porque tenemos para rato; eso, por supuesto, si quieres una explicación convincente para comprender todo lo que ha sucedido...

Aquí abajo, dentro de esta cueva, las rocas parecen de otra índole, como colocadas adrede: una especie de campo de instrucción. Si aquel día hubiera estado en un lugar como este no habría tenido canguelo. No sé, tal vez sea por lo de no tener el horizonte a la vista, ni el cielo. Aquí el vértigo es más casero. No piensas que caer pueda ser algo grave, que puedas hacerte nada... Perdona, te has hecho daño, ya lo sé, no me estoy burlando, te lo juro... pero ahora ya estás bien, ¿no...? Seis metros son seis metros, aquí y en el fin del mundo, dentro y fuera, lo sé. Y cinco pisos también. Cinco pisos son cinco pisos...

Sí, eran cinco pisos.

Y no iba asegurado, no bajaba atado, y tenía miedo, ya te lo he dicho. O, mejor dicho, un ataque de pánico. No hacía ni tres minutos aún estaba en la cama, durmiendo como una marmota. No estaba mentalizado. Vaya, que siempre necesito unos minutos, que soy de los que van poco a poco, como los buzos cuando hacen descompresión, que se lo toman con calma. Pero no: de la cama al armario y del armario, al balcón, así, de golpe y porrazo, casi sin transición, y las manos que empezaban a resbalar, progresivamente, como en una peli... Pero, de hecho, mejor que fuera así.

De veras, si los dedos no me hubieran resbalado, nunca habría acabado de desamparar aquel balcón de las narices. De pronto me deslizaba hacia abajo, abrazado a la barra, sin ánimo de respirar siquiera. Cada centímetro una eternidad. Abría los ojos y los cerraba y los volvía a abrir y los cerraba de nuevo, temblaba y no quería tem-

blar, deseaba que todo aquello no fuera más que una pesadilla. Pero no se acababa nunca. Las aristas del hierro se me clavaban en las palmas de las manos, que sudaban. Estaba empapado de sudor hasta los huesos. Me detuve justo en el tercer piso. El pie había tropezado con la baranda del balcón. Miré hacia la calle.

Jan daba brincos y abría la boca como un poseso, chillaba sin chillar y le caía la baba. La distancia parecía multiplicada. Mejor si volvía a cerrar los ojos... ¿Y si trepaba de nuevo hacia arriba? Al fin y al cabo, no había hecho nada del otro mundo, nada importante, no había matado a nadie ni atracado ningún banco.

¿Qué hacía ahí?

Llevábamos meses organizando reuniones clandestinas. Nos parecía que la indignación de los concentrados de la plaza era demasiado pacífica, demasiado lenta, demasiado utópica. La asamblea había previsto manifestaciones por las calles, empapelarlas de carteles: pondrían vallas, ondearían pancartas, gritarían... Poca cosa más. Era de chiste, o para echarse a llorar, como prefieras... Nosotros sí que actuaríamos: bloquearíamos la entrada de los diputados al Parlament... Habíamos decidido quemar algún contenedor y, de paso, reventar los escaparates de un par de tiendas *globalizadas*; bueno, ya sabes, de esas que están por todas partes...

Bueno, vale, no era precisamente un angelito, ya lo sé. Pero en aquel momento me esmeraba por quitarle hierro al asunto para intentar autoconvencerme de que tenía que trepar, de que era más fácil subir que bajar, de que lo mejor que podía hacer era volver a casa.

Al final, el día del Parlament se nos había ido la cosa de las manos: me habían dicho que lanzara un par de cócteles molotov contra las furgonetas de la poli... Bueno, quizá fueran tres..., pero nada más, te lo juro, nadie salió herido, solo un agente con cuatro quemaduras superficiales... No pensamos que fueran a aplicarnos la Ley Antiterrorista. No habíamos contado con ello..., bueno, yo no había contado con ello. ¿Por qué iban a encarcelar a alguien como yo? ¿Por un petardo? Vete tú a saber. ¿No mandaban los socialistas?

Me habían contado lo de las bolsas de basura en la cabeza y lo de

las aguadillas en la bañera, y lo de los golpes con la toalla mojada. Leyendas urbanas de la época de la dictadura, leyendas, me repetía a mí mismo. Hacía más de treinta años que Franco estaba muerto y enterrado, ya nadie se acordaba de los sótanos de la Vía Layetana, no fastidies...

¿Subía o bajaba?

Carecía de sentido hacerse el héroe de aquella manera, dejarse la piel por una chorrada... Y a Jan que le dieran, ¡que aquello no era una película!

Pero no me movía... Solo cantaba.

Resulta curioso que en una situación tan extrema le rondan a uno por la cabeza cosas tan absurdas. ¿A ti no te pasa...? Canciones de película, escenas de enamorados, estocadas prodigiosas... Y no sabes de dónde han venido; ni por qué, ni por qué en aquel preciso momento. Pues sí señor, yo cantaba, flojito pero cantaba, lo recuerdo perfectamente, una canción pasada de moda que trata de un chaval al que viene a buscarle la bofia, a medianoche, como marca la tradición, y él salta por la ventana y se mata. Una canción ideológica, de protesta, muy adecuada, ¿no te parece...? ¿La conoces? Vaya...

¿Quieres un poco de vino?

Pues estaba a punto de matarme, colgado de aquella especie de canalón cuadrado, y no podía dejar de canturrear la maldita melodía. Y de repente me doy cuenta de que estoy cantando, y me digo: eres como el idiota de la canción. Como él, pero distinto. Era como si, en vez de saltar por la ventana de golpe, aquel pavo se hubiera detenido un rato a contemplar el paisaje y se hubiera aferrado a la cañería, o a una vela, que eso sí que lo hacen en las películas, o tal vez a una hiedra (aunque esto solo lo vemos en el cine clásico de castillos y demás), para valorar todos los pros y los contras de la situación... Estaba atascado. Los brazos me dolían... ¿Qué hago? Y fue entonces cuando se oyó el ruido.

Casi me suelto.

Alguien estaba registrando mi piso. Mi habitación. Habían corrido la cama, sin contemplaciones, sin pensar en los vecinos... Estaban allí mismo...

Todo estaba a oscuras. Una respiración profunda y un curioso resuello, de ansiedad o de histeria contenida. Oía palabras en voz baja, secas, rudas. Pronto descubrirían las cajas con las octavillas, las sábanas hechas un ovillo y los armarios revueltos (es difícil hacerse una mochila en dos minutos, te lo aseguro). Pronto abrirían el balcón.

Y empecé a deslizarme hacia abajo.

Ya no me asustaba el despeñadero, ni bajar sin cuerda, ni nada de nada... Rápido, rápido, y me cagaba, sí, me cagaba en toda la pasma del mundo, y en la maldita crisis que había provocado aquella situación de cómic, y en mi primo que, aprovechando los años de prosperidad, se había dedicado a construir casas baratas de siete plantas con una barra en medio. Y me cagué en todo aquel paisaje machacado y en aquella mierda de políticos de pacotilla... Y yo qué sé... Me cagué en la madre que parió a Jan: Jan sobre la acera, Jan moviendo la mano como una muñequita nerviosa y malnacida ansiosa por verme hecho papilla sobre el asfalto.

Como si estuviera visualizando la película a cámara rápida, vi cómo el avión que al mediodía siguiente tenía que llevarme hacia las Américas despega sin mí; porque me iba al nuevo continente. No es broma, te lo juro, al otro lado del charco, a hablar inglés y a convertirme en un puñetero crac de la biotecnología. Había hincado los codos durante cuatro años, cuatro años de buenas notas y pocas juergas, y al final me habían concedido la beca. Y ahora todo se iba al garete... No podía perder aquella oportunidad por algo tan estúpido.

Y seguía resbalando. Más y más.

No, no pensaba pudrirme en una cárcel de Madrid, nadie me pondría una bolsa en la cabeza ni me ahogaría en la bañera, ni me haría firmar ninguna confesión de mierda solo porque cuatro politicuchos se hubieran asustado con nuestros gritos... Estaba decidido. Más por la rabia que por el miedo. Huiría.

Y bajaba aún más, y no se acababa, no se acababa...

Hasta que... ya.

Cuando los pies tocaron el cemento de la acera pensé: no había para tanto. Qué narices... Posteriormente he repetido la frase varias veces en mi vida; probablemente porque ha habido muchas otras si-

tuaciones difíciles, situaciones en las que he pasado miedo. Siempre se tiene miedo antes de bajar cinco pisos.

De hecho, siempre se tiene miedo.

Pero también he llegado a otra conclusión: no soy un cobarde.

Echamos a correr. Oí un grito estridente desde el balcón, pero no me volví a ver quién era. Doblamos la esquina y entramos en mi Seat Ibiza de color amarillo. De no haber sido porque la cosa no predisponía a las alegrías me habría echado a reír. ¿Cómo íbamos a escaparnos en un Seat Ibiza del año catapún? Es cierto que con aquel cacharro habíamos llegado muy lejos; incluso una vez nos plantamos en París, comimos kebabs en el barrio latino, arrojamos piedrecitas al Sena, magreamos a unas chicas americanas en la Caveau de la Huchette e incluso nos dio tiempo a recorrer las calles robando libros y mandarinas. Estábamos majaras. Nos reímos un montón y regresamos a casa. Pero una cosa es ir a París sin prisas y otra huir de la bofia. Jan me vio la cara y me dijo que no me preocupara, que él lo tenía todo controlado.

Él conducía.

Dejamos el lago a la izquierda y tomamos la carretera de Olot. No dijimos nada hasta que llegamos a la altura de Besalú.

El puente medieval estaba iluminado.

Había cuatro ristas de niebla que pintaban la estampita con las tintas tétricas de un cuento de terror. Siete gaviotas, negras al contraluz de los focos, componían la indispensable bandada de murciélagos, y la luna, amarillenta y llena, reclamaba su protagonismo sobrevolando la iglesia en ruinas.

Me imaginé en otra época, cruzando aquel puente imponente en un caballo negro, entrando en la ciudad medieval y preguntando a gritos por el señor barón... O por el señor conde, de acuerdo, qué más da. Lástima que la luz anaranjada de los proyectores embadurnara las arcadas con un maldito aire de suburbio. Sobre la torre, una bandera inmensa. Todavía hacía viento. El trapo ondeaba con elegancia por encima de aquellas almenas de juguete, como una pintadita de propaganda electoral. El conjunto me produjo la sensación de ser un

travelling nocturno de cine de arte y ensayo. *Viaje al pasado*, o una de esas así, ya sabes a qué me refiero. Aunque quizá todavía estuviera sobado y toda aquella niebla pegajosa no surgía más que de una pesadilla de un gusto más bien dudoso.

Jan carraspeó.

—¿En qué piensas?

—En nada... ¿Adónde vamos? —me atreví a preguntar.

—A Francia.

—Tú igual te vas a Francia —respondí sin dejar de mirar el puente—, pero te juro que mañana yo cojo mi avión. Tengo el billete comprado.

—En Francia también hay aviones.

Jan era un tipo acostumbrado a mandar.

Había sido él quien nos había metido en la cabeza la idea de que nos organizáramos. No estaba nada de acuerdo con las decisiones de los concentrados. Todas aquellas declaraciones bien intencionadas, todos aquellos aspavientos de antiguos combatientes convertidos en filósofos: «el camino hacia la auténtica democracia llegará por vías pacíficas, es preciso dialogar, demostrar que hay una opción de diálogo fuera del sistema»... ¡Cantos de sirenas!, vociferaba Jan. Se cubría las orejas con ambas manos y nos convencía de que todo aquello no eran más que excusas: la mala conciencia de cuatro revolucionarios de poca monta que se habían cagado encima. Si abandonábamos ahora, todo el trabajo hecho durante años se iría a tomar viento. ¿Acaso no lo veíamos? ¿No queríamos libertad? Pues no seríamos libres hasta que no nos hubiéramos quitado de encima a todos aquellos fascistas disfrazados de tecnócratas. No te cachondees. Estábamos llenos de tópicos en aquella época... Ya, bueno, tampoco han pasado tantos años...

Jan era nuestro líder. Y aquel día, dentro de mi Ibiza amarillo y ridículo, cruzando el puente de Besalú de madrugada, todavía lo era. Si me hubiera mandado que me arrojara de cabeza al río Fluvià, te juro que lo habría hecho. Mi resistencia era solo para fingir algo que no era, y estaba claro que sería él quien acabaría decidiendo... Qué hacer, adónde ir... Yo solo me dejaba llevar, solo era un

peón, siempre había sido un peón, no tenía nada que decir... No decía nada.

Hacia Francia.

Paramos en Argelaguer, en el restaurante de la carretera. Pensé que no era una buena idea, parar allí con la policía autonómica detrás. ¿Sabes *La jungla de asfalto*...? Sí, hombre, una de polis y cacos, en blanco y negro, con Sterling Hayden haciendo de gánster... ¿No...? Perdona, tengo el vicio de compararlo todo con las películas, sobre todo con las clásicas. Y ya me da rabia, no creas tú. No te imaginas, por ejemplo, cómo me repatea recordar los títulos traducidos... Pues en esta peli el protagonista es un viejo verde, un científico alemán, feo y bajito, con bigote; el tipo es un atracador de bancos con mala suerte, muy mala suerte, y habla así, marcando las eses, como la serpiente aquella de los dibujos animados. Imagínate que al pavo, justo cuando está a punto de largarse con la pasta, justo llegando a la frontera, no se le ocurre otra cosa que pararse en un bar para ver bailar a una adolescente en minifalda delante de una *jukebox*. ¡En fin...! Total, que llega la pasma y le pillan. Por idiota. Siempre me ha dado rabia esta escena. A nosotros no nos podía suceder lo mismo. ¡Y si nos sucedía es que también éramos idiotas! ¿Qué hacíamos allí? Seguro que los polis conocían el coche, seguro que ya habían avisado a todas las patrullas de la zona. Lo más lógico, lo más cuerdo, era continuar hasta el paso fronterizo del Coll d'Ares. Y echando virutas. Después sería demasiado tarde. Nada de bares.

Pero entramos. Y yo, evidentemente, no dije nada.

Admiré un enorme jabalí de madera que algún chalado había esculpido de una sola pieza y había colgado en la chimenea. A saber cuánto hacía que el pobre bicho se pringaba de humo y de grasa en aquel rincón. Me pareció una decoración curiosa. No sabría decirte si el conjunto tenía mérito o si decididamente era de un mal gusto espectacular: unos perros mordían las patas del cerdo mientras este alzaba la cabeza y gruñía de dolor desde el fondo de sus entrañas. Desde el fondo de su alma, mejor dicho. Mal agüero, pensé.

Mala suerte.

Can Portella. El Café. ¿De qué me sonaba aquel nombre?

Cómo no: era el café de mi tío.

No quiero decir que fuera suyo, ¡qué va! Mi tío era historiador, un historiador de barrio, de los que hay en todos los pueblos... No, no estoy volviendo a perder el hilo, estate tranquilo. Mi tío es importante; o sea, que lo es para la historia que te cuento, que hace ya un rato que intento explicarte... Ten paciencia.

A ver... El Café era el «pesebre» de mi tío —él siempre lo definía así—, el lugar donde se paraba a desayunar cada vez que subía hacia la Alta Garrotxa. Yo no había estado nunca allí, ni en un lugar ni en el otro: ni había probado la butifarra de aquel pesebre ni se me había pasado por la cabeza recurrir a aquellos montes, pero había oído hablar de ellos, mucho. De ambas cosas. Seguro que por las noches mi tío soñaba con aquel jabalí.

No te lo he dicho: mi tío estaba muerto.

Bueno, había desaparecido en la época en que yo empecé el bachillerato, en una excursión. Técnicamente estaba muerto. Él me había contagiado la manía de coleccionar montes. ¿Sabes a qué me refiero, no...? Solo me queda el Mulleres y ya tendré todos los tres miles de los Pirineos, toma ya... Pero ahora hace ya muchos años que lo tengo abandonado... Mi tío era más modesto, solo coleccionaba los montes de la zona. Y nunca lo hubieras dicho, pero el hombre era más que sabio. «Debes conocer lo que tienes cerca», decía. Y tenía razón... Pero esto solo lo he visto después, de mayor.

Durante unos años, en verano, cuando era un crío, mis padres tuvieron que viajar mucho por cuestiones de trabajo, y entonces me dejaban con mi tío. Del tiempo que pasé con él solo guardo el recuerdo de un pueblo encastillado con gente amable y rara que estaba muy pendiente de mí, y recuerdo que me ocupaba del ganado y nos bañábamos en el río. Nada, cuatro imágenes y ya. Pero fue una experiencia feliz: conservo el aroma de los campos y el sonido de las canciones, y la sensación de haber cabalgado de un lado a otro por caminos de montaña. Aunque «feliz» es una palabra para la gente mayor; los críos no saben de esto. Son felices o no lo son, y punto, pero no dicen que lo son. Si cuando eres adulto hablas de felicidad, es porque careces de ella, la has perdido. Mi tío nunca hablaba de

su pasión por la tierra; mis compañeros no hablaban de otra cosa. Y ya ves.

Más adelante, cuando crecí, me distancié algo de mi tío. Le decía que se hacía mayor y que ya estaba harto de andar por lomas de poca monta, que yo no tenía suficiente con hacer como las cabras... Y un montón de chorradas por el estilo. Nada, berrinches de adolescente.

Pero él, como si nada.

Llegaba a casa al caer el día, sudado, satisfecho, con su mochila llena de objetos inútiles y curiosos. Y sonreía, pero no decía ni mu. Yo recargaba tintas: ve al valle de Boí, ve; o vete a Ordesa, ¡eso sí que son montañas...! ¿Por qué son tan crueles, los críos? No lo podía evitar. Él callaba condescendiente sin dejar de sonreír. Era un idiota.

Yo, era un idiota. Tal vez lo siga siendo, no lo sé.

Me parece que ahora sí que he perdido el hilo. ¿Por dónde íbamos?

Ah, sí, El Café. La colección de montes de mi tío. Antes de desaparecer, si no lo recuerdo mal, tenía pendientes el Puig d'Ou, el Puig Salarsa y poco más. Nunca había oído nombrar aquellas cimas, ni siquiera conocía su silueta: no las habría reconocido ni desde la cumbre del Canigó, ni desde una avioneta, ni en ninguna fotografía. Si he de ser franco no sabía ni cómo era el Bassegoda, que ya tiene narices, ¿o no? Tiene un pezón que se ve desde dondequiera que estés. O el Comanegra, de nuca peludita y cara limpia. En fin, ya te lo he dicho: un perfecto idiota. Estaba de vuelta de todo, como acostumbra a estarlo los jóvenes pasaditos de hormonas; me había encaprichado de los putos tres miles y la madre que los trajo. Y venga a gastar gasolina yendo de un lado para otro, y a despreciar mi comarca y aquellos cerros de vacas que tenía al lado de casa... ¿Te estás riendo...? Así me gusta. Veo que la cosa te interesa. En aquella época yo era un perfecto ignorante. No sabía cuán salvaje y cabrona podía llegar a ser esta tierra. Ni cómo llegaría a quererla tantísimo...

Pero no nos apresuremos...

Todavía estamos en el bar del jabalí, y la bofia no ha dejado de pisarnos los talones.

